

LIBROS

CRÍTICAS

Jean-Claude MALEVAL, *Lógica del delirio*, Barcelona, Serbal, 1998.

«Bien parece, entonces, que no haya idea delirante en sí, sino únicamente sujetos delirantes». Esta concisa fórmula, extraída de las primeras páginas del libro de Maleval, resume como ninguna otra el pensamiento del autor.

«Sobre la contribución del psicoanálisis a la comprensión del delirio», podría ser otro oportuno modo de ofrecer un argumento general que pueda atraer al lector, sea cual fuere su inclinación teórica dominante. Pues uno de los principales méritos del presente texto reside en su virtual capacidad para ser asimilado tanto por psicoanalistas fervientes como por psiquiatras de biologicismo incorregible. O así me gustaría creerlo.

Imaginemos un mundo en el que los psiquiatras (y psicólogos, claro está; valga la redundancia) conozcan enteramente los saberes de la psiquiatría clásica, los brevarios supuestamente neutrales y descriptivos de las clasificaciones internacionales, los últimos avances en psicofármacos, los descubrimientos de las neurociencias, los modelos de la lingüística positivista y los recursos cognitivo-conductuales. Supongamos, además, tirando de la cuerda de esta utopía finisecular, que no sólo dominan estos conocimientos de tan elevado rango, sino que también, aunque parezca incongruente, la mayor parte de las veces aciertan a aplicarles. ¿Faltaría todavía algún ingrediente imprescindible para la vida profesional de nuestros personajes?

No me atrevo a responder con rotundidad. Pero ¿de qué recursos teóricos disponemos que nos enseñen a hablar con los delirantes, a conocer las necesidades lógicas que impone el delirio, a percibir con claridad los miedos del psicótico, a adap-

tarnos en cada caso a la distancia variable que le conviene, a transformar técnicamente los principios humanitarios que nos guían, a respetar su pudor y su reserva, a reconocer el origen de la pasión que les impulsa? Pues, realmente, creo que o se deja uno trabajar mínimamente por el psicoanálisis o nos será muy difícil llegar al psicótico a través del delirio, que viene a significar lo mismo que disponer de los recursos necesarios para apropiarnos de teoría y experiencia suficientes para enfrentarnos a los dilemas enunciados.

Estudiar el delirio desde la función creativa del sujeto y no sólo como efecto pasivo de un grano cerebral, sostener el síntoma como defensa más que como signo pasivo de la enfermedad, percibir la palabra como manto del goce inconsciente antes que como un insignificante parloteo. He aquí una breve muestra de alguno de los atractivos que puede encontrar en el libro el lector interesado.

Donde sí puede tropezar el estudioso no prevenido será en los capítulos dedicados al estudio del goce y la forclusión del nombre del padre. Como siempre, estas categorías lacanianas pueden ser utilizadas de modo terrorista, como armas intimidatorias que se vacían en su inútil presunción, o bien como un concepto bien armado y mejor argumentado que se muestra insustituible para explicar buena parte de los fenómenos psicóticos. Maleval, pese a las dificultades, ya que en ocasiones parece dirigirse exclusivamente a los más iniciados, forma parte sin duda del segundo grupo. De no ser así, buena parte del libro quedaría devaluada, pues aproximadamente la mitad del texto está dedicado al desmembramiento de los avatares del goce.

Anímense a la lectura los que piensen que el psicoanálisis, en especial el sacudido

por Lacan, es hoy día la mejor reserva clínica de la psiquiatría clásica, y donde conviene acudir de cuando a la espera de que la ola positivista pase, si es para entonces queda aún algo que escuchar.

Consejo de Redacción (F. C.)

Diego GUTIÉRREZ, José M.^a IZQUIERDO, *El Dr. Obrador en la medicina de su tiempo*, Oviedo, Bear, 1997.

El Dr. Gutiérrez, psiquiatra de larga trayectoria y que ha venido a jugar un relevante papel en diferentes facetas y campos de la Salud Mental, es uno de nuestros profesionales vivos que condensan en su vida intelectual y profesional una parte importante de nuestra historia reciente. Discípulo de Lafora, discípulo también de Germain en el área de la Psicología, amigo y compañero de tantos otros, ha venido a compartir y acompañar con discreción el protagonismo del nacimiento y desarrollo de disciplinas, especialidades y áreas de capacitación en nuestro país tras nuestra guerra civil (obtiene por oposición la 1.^a plaza de Psiquiatría de Marruecos, en Tetuán, y posteriormente la del Hospital del Rey de Madrid; Profesor de Psicopatología Escolar en la Escuela Universitaria de Psicología hasta la creación de las primeras facultades; Secretario de la Sección de la Sociedad Española de Psicología; Redactor Jefe de la importante revista *Archivos de Neurobiología*, Secretario de la Asociación Española de Neuropsiquiatría de la que es actualmente miembro de honor autor de numerosas publicaciones); ha cultivado la Psiquiatría, la Psicología, y en ambas su faceta infanto-juvenil. Su talento, junto a su rigurosa formación y su cultura

humanística le colocan como autor que conecta hoy con diferentes intereses, campos de actuación, disciplinas y líneas de conocimiento en la Salud Mental.

De su apertura hacia otros ámbitos, como la Neurocirugía, y del compromiso en la construcción de los Servicios Sanitarios Públicos, da cuenta con la autoría de esta biografía del Dr. Obrador, realizada junto con el Dr. J. M.^a Izquierdo, Catedrático de Neurocirugía en la Facultad de Medicina de Santander y Jefe de Servicio de la misma especialidad en el Hospital de Valdecilla, brillante neurocirujano que ya mostró su orientación humanística en su *Historia de la Neurología clínica española (1882-1936)*, hijo de uno de los primeros neurocirujanos de España y «de la generación de los últimos» de Obrador, como señala en su elogioso prólogo el Dr. Castilla del Pino.

La biografía guarda a la perfección esa carga de verismo que sólo las que están realizadas por quienes conocieron de cerca al protagonista en su medio familiar y profesional parecen transmitir. Naturalmente, el eje del libro es la trayectoria del Dr. Obrador, pero se narra en una clave cercana, con un sinfín de datos, detalles y anécdotas que acompañan la admiración de los autores por el biografiado, lo que permite al lector un cierto descubrimiento del contexto universitario, de la formación postgraduada de antes de la guerra civil, siempre vinculada en estas materias a Cajal, a Lafora, a la Junta de Ampliación de Estudios –relacionada con la Institución de Libre Enseñanza–, a las becas de la Junta para estudiar en relevantes lugares del extranjero, que permite al Dr. Obrador situarse en Oxford antes y después de la guerra y, apoyado por su amigo Severo Ochoa y el empuje del Dr. Lafora se instala en Méjico donde sostiene

una importante actividad y desde donde viaja repetidamente a EE.UU. para ampliar su formación. Finalizada la 2.^a Guerra Mundial, vuelve a España y desarrolla una febril actividad profesional empezando en la Clínica del Trabajo en la Avda. Reina Victoria, de Madrid, donde organiza la Neurocirugía para los accidentes laborales y, ayudado por Jiménez Díaz y en compañía de Urquiza y Ley Gracia, en el marco del franquismo, el núcleo de formación de la neurocirugía en España y de su desarrollo: el Instituto de Neurocirugía, en un chalé del parque Metropolitano, al final de la Avda. Reina Victoria, en Madrid. La posterior y fundamental creación de la Sociedad Luso-Española, de la que D. Sixto Obrador fue el primer Secretario, resultó otro acierto.

Los autores, desde una perspectiva muy útil para representarnos el contexto de aquel tiempo, describen los hechos singulares de la trayectoria del Dr. Obrador con una importante riqueza de datos y de expresión de las actividades y de los servicios de neurocirugía que supo crear o de los que participó el ilustre cántabro, que se configura como el verdadero protagonista del reconocimiento de la Neurocirugía como especialidad con identidad y entidad propia. Esta es, en definitiva, la tesis que historiográficamente exponen los autores con estilo preciso desde un exhaustivo conocimiento de la figura y obra que presentan. En suma creo no equivocarme al decir que es éste un libro de cuya publicación hay que felicitar, sobre todo teniendo en cuenta los pocos trabajos de contenido semejante, tanto en temática como en envergadura.

Begoña Olabarría

F. FUENTENEbro, G. E. BERRIOS, A. I. ROMERO y R. HUERTAS (eds.), *Dr. Luis Martín-Santos. Psiquiatría y cultura en España en un Tiempo de Silencio*, Madrid, Necodisne, 1999.

Secundando las inquietudes y propuestas iniciales del Prof. Filiberto Fuentenebro de Diego, el contado número de socios que componen la Sociedad de Historia y Filosofía de la Psiquiatría han aunado sus esfuerzos para ofrecernos este hermoso volumen que honra la memoria del escritor y psiquiatra Luis Martín-Santos (1924-1964). Esta Sociedad ha querido exorcizar con sus Primeras Jornadas ese «tiempo de silencio» que parecía haberse adueñado también de la truncada e incipiente obra de quien fuera en los años cincuenta una de las mentes más preclaras del panorama psicopatológico español, uno de nuestros más traducidos e investigados novelistas y una de las figuras más carismáticas y subyugantes de la posguerra.

Hijo de un cirujano militar, educado en una familia católica afincada en San Sebastián, Luis Martín-Santos llegó a Madrid a finales de los años cuarenta para formarse en Psiquiatría. A pesar de su talento, de su ambición, de su capacidad y méritos, jamás consiguió una Cátedra de Psiquiatría; su militancia política en el PSOE le reportó, en cambio, tres detenciones y quien sabe cuántas desazones a él y a su familia. Murió demasiado joven a consecuencia de un accidente de automóvil en enero de 1964; para entonces llevaba once meses viudo, tenía tres hijos y había publicado algunos libros que siguen reclamando actualmente nuestra atención: la novela *Tiempo de silencio*, su tesis doctoral *Dilthey, Jaspers y la comprensión del enfermo mental*, y *Libertad, temporalidad*

y transferencia en el psicoanálisis existencial.

Evoca el Prof. Fuentenebro en la «Introducción» de la obra que ahora glosamos un pasaje de *Fedro* muy apropiado para la ocasión. Esas palabras puestas en boca de Sócrates y referidas a quien «siembra palabras con fundamento (...) portadoras de semillas de las que surgen otras palabras» son perfectamente aplicables al homenajeado. Buena prueba de ello fueron las dieciséis intervenciones, publicadas ahora en este libro colectivo, que destacan todas ellas por su calidad expositiva y conocimiento del asunto tratado. Página a página, disertación tras disertación, vemos conformarse un abordaje holístico en el que se nos brindan los trazos más indelebles de su biografía, así como el panorama psiquiátrico y cultural de aquella España condenada por la dictadura al «tiempo de silencio» y, finalmente, una mirada detallada sobre las contribuciones más loables de este autor al pensamiento psiquiátrico.

Carlos Castilla del Pino, que había tenido a gala escribir treinta años atrás un «Prólogo» memorable a *Libertad, temporalidad y transferencia en el psicoanálisis existencial*, nos evoca su peculiar recuerdo de las relaciones que mantuvo con Martín-Santos. Con un tono por momentos desabrido y discordante con el conjunto de los conferenciantes, Castilla del Pino se mide en su evocación con aquel joven donostiarra al que conoció en Madrid a finales de los años cuarenta, cuando ambos se iniciaban en la formación psiquiátrica. Siempre ricas sus apreciaciones por ser él uno de los protagonistas de nuestra historia de la psiquiatría y por estar escritas con una inusual elegancia, da testimonio Castilla del Pino sobre la existencia de una obra psiquiátrica inédita de Martín-Santos: unas trescientas

páginas a las que él puso prólogo e índice, y que se perdieron probablemente en la editorial de Carlos Barral.

Las interpretaciones de un personaje son posiblemente tantas como los interlocutores a los que se les solicite opinión, advierte de entrada en su conferencia José Luis Munoa. Amén de la influencia heideggeriana –el pensamiento tiene sólo su realidad en el lenguaje–, recuerda este conferenciante una frase de José Antonio Primo de Rivera que Martín-Santos acostumbraba a repetir: «El estilo es el hombre». Este adagio anima a Munoa a interrogarse sobre el estilo del homenajeado, remarcando el «juego de contrastes» que lo habitaba y que al mismo tiempo cultivaba: tras una apariencia bastante convencional se ocultaba un exquisito *dandy* intelectual. En la misma línea prosigue la excelente exposición de Bruno Rueda sobre el impulso creador: la escritura se convirtió para Martín-Santos en una dimensión de su propia identidad. Adornado con máximas muy bellas –«Así, la palabra es la plaza de la memoria y la literatura su realidad» (p. 37)–, Rueda desentraña los motores primordiales del arte novelístico de nuestro autor: la curiosidad por los enigmas del hombre y de la cultura, la lucidez reflexiva y el lenguaje como supremo protagonista.

Autor de una monografía que se ha coronado como referencia ineludible en este ámbito (*Luis Martín-Santos. Historia de un compromiso*, 1995), Pedro Gorrotxategi analiza en esta ocasión la impronta que Martín-Santos ha dejado en la cultura vasca, así como su participación en las instituciones culturales vascas y sus relaciones con artistas e intelectuales. Las ideas y compromisos políticos son examinados por José Ramón Recalde, quien considera la militancia socialista del ahora celebrado

como una posición activa en la lucha antifranquista; antes que revolucionario se le debe considerar un reformista.

Tras estas apreciaciones sobre el personaje, sus ideales y su estilo, el texto que comentamos nos presenta cinco miradas sobre el panorama cultural, filosófico y psiquiátrico en el que transcurrió la vida de Martín-Santos. Inmediatamente después de la breve disertación de José Carlos Mainer que abunda sobre la actividad indagadora e iconoclasta del psiquiatra donostiarra, el periodista y amigo Javier Pradera rememora algunas anécdotas y avatares de las que extrae jugosas relaciones entre la actividad política y literaria. Así, por ejemplo, el conferenciante advierte que Martín-Santos escribió su *Tiempo de silencio* mientras permanecía en régimen de prisión atenuada y suspendido de empleo y sueldo como director del Psiquiátrico de San Sebastián. Centrándose en la psiquiatría española entre los años 1946 y 1960, Juan Casco Solís continúa desplegando su propuesta sobre los períodos que es posible demarcar en la psiquiatría española del franquismo. Con gran lujo de datos, Casco analiza el «Período de Institucionalización» que coincide casi por completo con los años en que Martín-Santos desarrolló su actividad profesional. Carlos Paris, por su parte, recrea el panorama cultural y literario de la España de los años cincuenta, su ambiente universitario, su bohemia. Esa generación de la posguerra, remarca Paris aludiendo al homenajeado, «(...) no se dejó domesticar. (...) Y es que la libertad y la creatividad humanas, definitivamente, están llamada a triunfar sobre la violencia y la represión» (p. 142). El ámbito filosófico es abordado por Gustavo Bueno a partir, cómo no, de una minuciosa exposición sobre las variaciones que pueden considerarse de la fórmula «tiempo de silencio».

Se llega así a la última parte del texto que versa sobre la obra psiquiátrica de Martín-Santos. Con la solvencia y precisión que le caracteriza, Ángel González de Pablo traza una perspectiva diacrónica del sentido de la enfermedad, considerando a la par sus trabajos psiquiátricos y su obra literaria. Señala González de Pablo las variaciones que se producen sobre este particular desde sus primeras publicaciones —en especial su artículo epistemológico «Fundamentos teóricos del conocer psiquiátrico», 1955— hasta sus obras postreras *Tiempo de silencio* (1961) y *Libertad, temporalidad y transferencia en el psicoanálisis existencial* (1964). A las iniciales influencias de K. Jaspers y K. Goldstein se añadirán posteriormente las de Freud y, en especial, el análisis existencial de Sartre. Y en esa progresión, la visión de la locura —considerada en un principio «vacío humano» y «fallo de la libertad»— a la que no obstante es posible acercarse comprensivamente, irá conformándose paulatinamente con factores provenientes del medio social y de conflictos intrapersonales. Una nueva intervención de Jesús Alberdi Sodupe, situada en la última parte de este texto, aborda con más detalle la epistemología psicopatológica o teoría del conocer psiquiátrico en la obra del autor que aquí se glosa.

Espinoso donde los hubiera es el tema que tocó en suerte a V. Corcés: la relaciones de Martín-Santos con el psicoanálisis, o, para decirlo con otros términos, de qué psicoanálisis se trata en este caso. Tras desbrozar de componentes inanes la situación cultural, política y social de aquellos años, se reta Corcés a perfilar la cuestión antes apuntada. Las conclusiones que nos aporta tienden a considerar la permanente confrontación, presente en nuestro autor, del

análisis existencial de corte sartreano con en análisis freudiano. Tal confrontación parece resolverse con un anhelo de completar la filosofía fenomenológica con los planteamientos psicoanalíticos. La exposición de Ángeles Roig Moliner, a continuación, se refiere al aspecto más concreto y menos arduo de los delirios. Desarrollando el prólogo de Castilla del Pino «La obra psiquiátrica de Martín-Santos» al que antes hacíamos referencia, Roig revisa las consideraciones sobre los delirios contenidas en los artículos sobre las psicosis alcohólicas, las epilepsias y los estudios basado en tests proyectivos. Ciertamente, como advierte la autora, el manifiesto interés de Martín-Santos por el análisis cualitativo de las características de la vivencia delirante está por completo influido por la orientación de la escuela de pensamiento fenomenológico-existencial.

Cierran el presente libro las intervenciones de los profesores Pedro Laín Entralgo y Germán Berrios. Con la elegancia y el donaire que le han hecho célebre, Laín Entralgo plasma su recuerdo de cómo y por qué Martín-Santos se acercó a él para pedirle que dirigiera su tesis doctoral. Sus palabras evidencian admiración por su joven doctorando, por cuanto logró realizar y por cuanto dejó inacabado. Antes que considerarse su «maestro» se reconoce como «incitador»; es decir, aquel que con su obra, con lo que dice o con lo que escribe, «(...) incita a los demás a realizar, ellos mismos, por sí mismos, su propia obra» (p. 255). El texto de Germán Berrios, profesor en la Universidad de Cambridge y editor de la revista *History of Psychiatry*, desde cuyas páginas se ha reivindicado en más una ocasión el pensamiento psiquiátrico del homenajeado, cierra este nutrido conjunto de trabajos. Pasa revista en sus páginas a

las interpretaciones que Martín-Santos realizara de las categorías diltheyanas, para centrarse finalmente en un tema que domina como pocos: la noción de «comprensión» en Dilthey, Jaspers y, por supuesto, Martín-Santos.

Bienvenido sea este libro; bienvenidas sean las palabras que contiene si ellas nos permiten seguir levantando permanentemente el manto que recubre cualquier «tiempo de silencio».

José María Álvarez

Rafael HUERTAS, Carmen ORTIZ (eds.), *Ciencia y fascismo*, Madrid, Doce Calles, 1998.

Desde su afianzamiento positivista en el siglo XIX, el pensamiento científico ha desempeñado una influencia esencial en la interpretación de la situación del hombre en el mundo y en la interpretación de la estructuración de la sociedad. En los últimos doscientos años los regímenes políticos totalitarios, en especial los llamados fascistas, han tratado de incorporar elementos del discurso científico para legitimar su particular idea de las desigualdades sociales, tanto las preexistentes como las creadas por ellos mismos, pretendiendo revestirlas de una esencia «natural». Especialmente proclives a este aprovechamiento perverso han sido las ciencias biomédicas por su facilidad para generar las supuestas «verdades» en que se basa el determinismo estrictamente biologicista, pero también otras disciplinas, como la antropología en cualquiera de sus vertientes e incluso la historia del arte, han fabricado queriendo o sin querer munición para esos sistemas. Del mismo modo que no han dudado en violen-

tar voluntades o libertades que se opongan a su arbitrio, los fascismos no han titubeado en forzar el rigor racionalista y objetivador de la ciencia mediante el irracionalismo más oportunista, inventando «tradiciones», pasados gloriosos, razas superiores, destinos guiados por los dioses y cualquier cosa que en cada momento les haya convenido. Ese discurso pseudocientífico, añadido a las racionalizaciones xenófobas facilitadas por la globalización del sistema radical de mercado libre y a la exaltación de la identidad mal entendida favorecida por ciertos posicionamientos nacionalistas, reaparece en las eclosiones neofascistas observadas con creciente frecuencia en los países occidentales durante los últimos quince años.

El libro que reseñamos tuvo su origen en un oportuno seminario celebrado en mayo de 1996 en el CSIC, organizado por los Departamentos de Antropología y de Historia de la Ciencia. La colaboración de investigadores provenientes de distintos enfoques (historia, antropología, medicina, lingüística, arte, etc.) ha buscado también mostrar «una tipología de casos representativos que, abarcando distintas comunidades científicas, países y momentos históricos –desde la Cuba pre-revolucionaria hasta la Italia de Mussolini o la Francia de entreguerras, pero con una especial atención a la España franquista– permitiera estudiar las implicaciones y condicionantes sociopolíticos que subyacen con carácter general en este tipo de sistemas y que afectan al trabajo investigador y a su reflejo social», como dicen en la Introducción los editores. Este volumen colectivo parte explícitamente de una posición ética de todos sus autores ante el fenómeno fascista y sus repercusiones, de modo que sin perder la distancia en la presentación y evaluación de los datos históricos el grupo no renuncia al compromiso social de

desenmascarar los excesos fascistas, si bien, y muy profesionalmente, pone los límites de su estudio exclusivamente dentro del terreno propio de la historiografía.

Los cuatro capítulos iniciales están dedicados a ejemplos extranjeros. En el primero de ellos Consuelo Naranjo y Miguel Ángel Puig-Samper estudian el debate planteado en la antropología cubana de principios del s. XX respecto a las relaciones entre raza y delincuencia. Sin salir de suelo hispanoamericano, Juan J. R. Villarías razona la trayectoria del peruano José de la Riva-Agüero, intelectual liberal –incluso encarcelado por serlo– que evolucionó hacia posiciones políticamente totalitarias llevado por una conversión al esencialismo etnológico en sus reflexiones sobre la raza inca. La «biocracia» de Edouard Toulouse (1865-1947) es objeto de la atención de Ricardo Campos, señalando cómo los higienistas en general y Toulouse en particular impulsaron peligrosamente las ideas eugenésicas, aunque éstas no llegasen a alcanzar en Francia las sangrientas aplicaciones que tuvieron en la Alemania nazi. El cuarto capítulo, de Mercedes del Cura, muestra a través del llamado Código Rocco –vigente en Italia en 1931, pero elaborado en sucesivos envites desde 1919– cómo la colaboración entre el fascismo, el positivismo, las ciencias médicas y las jurídicas, puede originar un código penal excesivamente defensivo de la sociedad frente a las libertades individuales, sobre todo cuando éstas son arbitrariamente tipificadas como delictivas por aparatos legisladores no democráticos.

El segundo bloque de trabajos recopilados en *Ciencia y fascismo* toca temas españoles, aunque Luis Sánchez Gómez incluye necesariamente a Portugal en su estudio de los «Contextos y práctica de la Antropolo-

gía 'oficial' en los fascismos ibéricos». Los demás autores se dedican a historiar diversos aspectos de algunas ciencias durante el franquismo, desde la época previa a su levantamiento contra el orden constitucional hasta los primeros años de la autarquía, pasando, claro está, por la Guerra Civil. Ante el lector se extiende la panoplia que «el Movimiento» puso en marcha para legitimar su política de exaltación «nacional», maquillando elementos tomados de la eugenesia (estudiados por Raquel Álvarez), de la medicina social (por Isabel Jiménez Lucena), de la psiquiatría (Rafael Huertas), del folklore (Carmen Ortiz), del arte y la arquitectura (Javier Portús), y hasta de la mismísima Prehistoria (Gonzalo Ruiz Zapatero). Finaliza el libro con un ensayo de Francisco Castilla Urbano sobre alguna de las ideas de Julio Caro Baroja, figura sobradamente conocida que, al menos en los últimos años del franquismo, dio testimonio de que se podía subsistir como intelectual «no orgánico» y realizó justificadas críticas contra el concepto de «carácter nacional», tanto el referido al ámbito estatal como el de los nacionalismos regionales.

Eludimos casi a propósito entrar en el detalle de los capítulos de este segundo bloque. Uno de los editores, Rafael Huertas (ver su *Entrevista*, en este mismo número), ya ha señalado con elegancia alguna de las dificultades que la gente de cierta edad puede encontrar a la hora de historiar o valorar estudios históricos acerca del franquismo, pero dar la voz a sus figuras hegemónicas puede ser suficientemente explícito. Nos hablan de un «Imperio solar» que había sido enterrado en un «mundo cobarde y avaro» por «las hordas sin patria y sin Dios», desenterrado al fin por un Caudillo que tenía «manos de sultán», cuya imagen era venerada junto a la de la Virgen María

«en el Altar Mayor, del lado de la Epístola». Un país cuya unidad nacía en la Prehistoria y se mantenía incólume ante cualquier amenaza, incluso la del tiempo, resistiendo y rechazando sucesivas invasiones gracias a una raza que quintaesenciaba lo mejor de lo céltico y de lo ibero, la raza castellana o española, que trascendía fronteras sustentándose en una sola lengua común en la que rezaba al solo Dios verdadero, el cual bendecía con descubrimientos, triunfos guerreros, etc., etc., cualquier cruzada que tal etnia emprendiese. Una raza que asimilaba «a dentelladas lo mismo las tierras vecinas, que los favores de las mujeres, que la beatitud de Dios», raza generada por la casta coyunda de «monjes-guerreros», «varones vigorosos aptos para la guerra y para la caza», con «madres robustas y hembras prolíficas», a las cuales la psiquiatría imperante recomendaba apartar del trabajo fuera del hogar, pues «los oficios hombrunos» hubieran inducido a esas mujeres «al alcoholismo, el tabaquismo [...] con perjuicio de la raza», que podría en tal caso degenerar y contaminarse con enfermedades tipificadas oficialmente, tan perniciosas como el marxismo, el liberalismo o la libertad de pensamiento. Teniendo «la maternidad como suprema razón de su existencia» y dotadas de un útero que la sanidad pública –y otras Fuerzas del Orden– velaban para que fuese lo más fértil posible, tales hembras no tenían pues nada que envidiar a sus machos, ornados a su vez de «las más elevadas funciones psíquicas, las elevadas funciones de la inteligencia, del pensamiento creador, el genio artístico», cualidades que –como afirmaba la psiquiatría nacional– «están ligadas a las hormonas sexuales masculinas y representan verdaderos atributos del varón». Pero dejemos ya los ejemplos: falanges de ellos, con sus correspondientes refe-

rencias bibliográficas, se alinean en perfecta formación en este libro.

Por centrarnos en el tema que más puede concernir a esta revista, la psiquiatría del franquismo, que sólo muy recientemente comienza a ser historiada, se concretó en «un discurso científico caracterizado por la simplicidad, la arbitrariedad y la negación del sujeto» (J. Casco, citado por Huertas), y sobre todo porque sus capitanes constituyeron dentro de la profesión «una élite minoritaria y aristocratizante, que se presentaba como poseída del saber psiquiátrico, del poder técnico, y que además se encontraba en la mejor posición para asumir la ideología del Nuevo Estado español [...]. Los demás psiquiatras tenían que someterse fielmente al liderazgo de esa minoría privilegiada, tenían que seguir fielmente sus lecciones y teorías, aceptando a ciegas el principio de autoridad científica de sus maestros» (González Duro, ídem).

A los lectores más jóvenes quizás aquellas voces les parezcan psicofonías procedentes de un país imaginario o muy remoto en el tiempo. Quienes crecimos en esa época no tan lejana, hoy ya –pero ¿del todo?– superada, seguiremos sintiendo al evocarla el sabor acre de la intoxicación ideológica continua a la que estuvimos expuestos años y años, vehiculada por un aparato propagandístico permanente que se infiltraba en cromos y tebeos, canciones, poesía, cine, radio, prensa y libros, por no decir nada de la mismísima Universidad. Mal sabor de boca que obras como ésta, facilitando el reconocimiento de indicadores sociales de peligro, impidiendo que se sepulten en el olvido y quizá contribuyendo a su prevención si fuera el caso, ayudan a endulzar.

Ramón Esteban Arnáiz

M. AGUIAR, *Teatro Espontâneo e Psicodrama*, São Paulo, Agora, 1998.

Dar la bienvenida a un libro de Teatro Espontâneo es como hacer de presentador en una sesión teatral, donde se interpreta el clásico *Gran Teatro del Mundo*, del Siglo de Oro español de la literatura, justo cuando el imperio colonial se iba abajo. La alegría es múltiple, primero porque es una obra realizada por un gran profesional y amigo, Moyses Aguiar es psicólogo, psicoterapeuta y socioterapeuta, especializado en psicología del arte y psicodrama. En segundo lugar porque este libro forma parte del proyecto editorial de traducir al español e inglés varias obras de psicodrama de autores destacados brasileños, esta expansión es una justa recompensa a la potencia del psicodrama en Brasil, máxima potencia mundial en dicho campo y que ya se nutre de un amplio elenco de autores, sin tener que verse constreñida a las traducciones de autores extranjeros. En tercer lugar porque ya era hora que el libro de Jacob Levy Moreno, *Teatro de la espontaneidad*, reeditado en vida del autor hace ya bastantes años, tenga una actualización y revisión exhaustiva y práctica. En cuarto lugar, el autor escribe como práctica; con claridad, amenidad, rotundidad, no exenta de polémica, y afán clarificador y didáctico.

El libro se lee como una gran lección de buen hacer, entra con facilidad por la retina y uno se imagina realizando Teatro Espontâneo, bien como Actor Auxiliar, Protagonista o Director. Nos lleva con facilidad desde los inicios del Teatro Espontâneo a los Instrumentos y Fases de la sesión de Teatro Espontâneo. Su sabiduría y experiencia se muestran en la claridad de sus descripciones y en la urdimbre de sus concepciones, que crean una alfombra donde

el Teatro Espontáneo fluye con facilidad y creatividad. Si alguien pretende buscar algo distinto que una profunda reflexión sobre la práctica, la cual influye en los cambios teóricos, es mejor que no busque en este libro, donde se habla desde muchos referentes, pero no se encontrará ninguna referencia bibliográfica. A mí me parece más una enseñanza en acción, que una conserva cultural. Me recuerda a los grandes maestros que resumen lo aprendido y transmiten su saber a los discípulos de forma sencilla y transparente. No tiene necesidad de refugiarse en un lenguaje críptico e ininteligible o en una armazón sofisticada que, a modo de peana, le preserve del contagio de los ignorantes. Moyses por el contrario aprende y enseña a y de los que no saben; esa es su virtud, la humildad, para reconocer que quien sabe es el que se expone en la escena y no el muchas veces endiosado director.

Hombre polémico que repudia los autoritarismos dogmáticos, a veces hechos en nombre de las mayorías, muestra su preferencia por la esencia del anarquismo. Este no es desorden ni caos, sino dar a cada uno según sus necesidades, lo que está muy lejos del igualitarismo a ultranza comunista o las enormes desigualdades capitalistas. Este rasgo le sitúa en minoría y, por lo tanto, en una posición difícil, sobre todo cuando promete que no va quedarse impasible ante las situaciones que encuentre contrarias a sus ideales.

Su pasión desbordada por el Teatro Espontáneo le hace caer en una repetición que más que otorgar señas de identidad al mismo le diluye y confunde con otras formas de trabajo. Así sucede cuando en el único Gráfico sitúa el Teatro Espontáneo en el origen de las terapias dramáticas y como entidad hermana del Psicodrama, Socio-

drama-Axiograma y Teatro Espontáneo; hasta el punto que he pensado que podía ser un defecto grave de imprenta. No se puede ser el padre y el hijo, salvo que se traspase el tabú del incesto; por eso propongo que en la parte inicial se sitúe el Teatro de la Espontaneidad y como hijo al Teatro Espontáneo junto con las otras creaciones de Moreno, directamente derivadas de la primera forma de trabajo. Aunque define con rigor y claridad, no diferencia el Teatro Espontáneo del Teatro Psicoterapéutico, también conocido como Psicodrama. De nuevo esta falta de límites perjudica, más que beneficia, el desarrollo del Teatro Espontáneo. La modificación propuesta, que hermana Psicodrama, Sociodrama y Axiograma, Teatro Espontáneo, señala los polos diferentes: terapéuticos, sociales y teatrales de cada una de las intervenciones, sin que ello signifique que no pueda hacerse un Juego de Roles en un Psicodrama o un Psicodrama en un Teatro Espontáneo, etc. Lo que suele suceder en la práctica, pero que por motivos didácticos debe diferenciarse en la Teoría, salvo que se corra el riesgo de igualar, sin adecuación a la situación particular, todas las prácticas nacidas de la Espontaneidad. Así pueden destacarse todas las aportaciones que el Teatro Espontáneo hace al Psicodrama: mejor uso de los recursos teatrales escénicos (luz, máscaras, vestuario, sonidos, etc.), caldeamiento para el papel de actor, focalización en los diversos protagonistas de la dramatización, promoción de la creatividad del intérprete, como un acto de salirse de sí mismo, para retornar a él cuando deja de interpretar el papel, la importancia del público en la creación de la historia a representar, etc.

No podía faltar en una obra basada en la experiencia una reflexión sobre la teoría,

con unas aportaciones muy interesantes sobre la Contratransferencia y el Procesamiento en Psicodrama.

Se trata de un libro indispensable para los que se inician en el Psicodrama, porque su estilo es claro y conciso y fundamental para los que deseen conocer esa modalidad tan creativa que es el Teatro Espontáneo.

Para el Psicodramatista experto muchos conceptos no serán novedosos, pero aportan una visión personal que enriquece el conocimiento y revisa muchos conceptos. Los sitúa en el ámbito correcto que es el interaccional. Se observan influencias sistémicas y constructivistas que enriquecen las aportaciones y son sugeridas con clarividencia. Por último, sólo la revisión que hace del Teatro Espontáneo merece la atención de todo aquel que realice Psicodrama y de los Directores de Teatro, porque sus sugerencias va a mejorar e impulsar una práctica más flexible y creadora.

José Antonio Espina Barrio

Sebastian BRANT, *La nave de los necios*, Madrid, Akal, 1998.

Nieto de un vinatero e hijo del propietario de un mesón, Sebastian Brant (Estrasburgo 1458-ídem 1521) pertenece a la época de transición entre el final de la Edad Media y los inicios de la Edad Moderna, en particular a la primera generación de humanistas alemanes de la región del alto Rin. Su madre, viuda desde que Sebastian cumplió los diez años, le inculcó un carácter serio y rigorista así como una acusada tendencia a la moralización. En 1475 comenzó a estudiar Humanidades en Basilea, trabajando al tiempo como criado del profesor Jacobo Hugonis pues sus recursos econó-

micos eran escasos. Posteriormente estudió Derecho Civil y Canónico –aunque hubiese preferido la Teología– y obtuvo licencia para enseñarlos en 1484, labor que compaginó con la enseñanza de Poética en la Facultad de Humanidades, llegando al más alto grado académico («doctor en los dos Derechos») en 1489, y a partir de entonces disfrutó de una vida desahogada. En 1485 había contraído matrimonio con Elisabeth Burg, con la que tuvo siete hijos, y en 1492 fue nombrado decano de la Facultad de Leyes. Excelente profesor, ejerció también como abogado pero sin renunciar a una de sus más fuertes inclinaciones: la imprenta y la edición. En 1500 regresó a Estrasburgo, donde trabajó como asesor jurídico municipal, y desde 1503 hasta el año de su muerte como *cronista* de la ciudad, cargo de muy alto rango cuyas auténticas funciones eran las de secretario y asesor del Ayuntamiento. El emperador Maximiliano I le concedió el rango de Consejero Imperial y Conde palatino.

La amplísima obra de este escritor y pensador humanista comprende, junto a algunos escritos de contenido jurídico, traducciones de textos de la Antigüedad clásica y la Edad Media, además de numerosos poemas de contenido religioso, moralizante e histórico-político. Participante en el entonces ácido debate sobre la cuestión de *los universales*, Brant se colocó del lado de los «realistas» aunque mantuvo relaciones de amistad con el bando contrario «nominalista». A través de sus textos se deja ver un autor católico que permaneció al margen de las influencias de la Reforma, y políticamente conservador, fiel a la idea del Imperio y admirador –aunque algo crítico– de Maximiliano I.

Su obra más conocida es *Das Narrenschiff* (*La nave de los necios*), editada en

Basilea en 1494, sátira moral escrita en pareados y en alemán, a lo largo de la cual se expone ante el lector un panorama de todas las actitudes negativas del ser humano. Se sitúa al comienzo de la tradición de la denominada *Narrenliteratur* ('literatura de locos'), que se desarrolló entre los siglos XVI y XVIII. Consta de 2.079 versos de ritmo yámbico y se inspira en una vieja costumbre carnavalesca alsaciana. El poema tiene 112 capítulos y un epílogo, y fue traducido a casi todas las lenguas europeas, generalmente sobre la versión latina de su discípulo Locher. Su influencia se dejó sentir en el *Elogio de la locura* de Erasmo, y al parecer inspiró al Bosco *La nave de los locos* que se conserva en el Louvre.

La edición que comentamos es la primera en lengua española (hubo una en Burgos, en latín, hacia 1502). Antonio Regales Serna, doctor en Filología Alemana y especialista en el Medievo (a él se debe la excelente edición del *Parzival* de Wolfram von Eschembach, aparecida este año en Siruela), ha llevado a cabo una cuidadosa traducción precedida de un extenso estudio introductorio en el que detalla las características de la época, sus coordenadas culturales y la biografía de Sebastian Brant, así como las sucesivas ediciones de *La nave...* y la procedencia de las ilustraciones, en su mayoría de Durero y todas reproducidas aquí.

Aunque los antecedentes literarios de la *Narrenschiiff* pueden remontarse a la *Odisea*, no es ajeno a la historia de la locura el dato de que en la transición hacia el Renacimiento y durante siglos después, los locos fueron detenidos y deportados en carretas, y a veces en barco, de unas ciudades a otras o hacia destinos peores que el destierro. La carreta y el barco figuraban en

la portadilla original. Por supuesto, Brant no es un historiador de la locura ni pretende serlo, su propósito es eminentemente didáctico y ejemplificador; laico, por así decir, en la primera parte del libro, y más religioso en la segunda, por ello más cansina. Imaginando que todos los locos embarcan hacia Narragonia, especie de País de Jauja, la locura que versifica Brant es una locura moralizada: cada loco o grupo de ellos simboliza un vicio, un defecto o un pecado, y representa a una clase o estamento social. Así, la fatuidad, la intemperancia, la maledicencia, la liviandad, la prodigalidad y más de un centenar de «necedades» en buena medida intemporales, son personificadas por clérigos y laicos, doctos e ignorantes, abogados y querulantes, médicos y enfermos, cazadores, prestamistas, mesoneros, constructores, etc., sin que de tal recuento se libre ni el mismo autor, que se retrata en el primer capítulo con un autoirónico dictamen, «el primer danzante soy en el baile de los necios, pues sin provecho muchos libros tengo, que ni leo ni entiendo», advertencia que no deberíamos nunca perder de vista los frequentadores de esta bibliófila sección.

Ramón Esteban Arnáiz

Max NORDAU, *Fin de siglo*, Jaén, Del Lunar, 1999.

Las ediciones Del Lunar están recuperando, en versiones excelentes, una serie de textos y autores relacionados con la psiquiatría o con la psicología, de los que habrá que dar cuenta sucesiva. Destacamos aquí, de antemano, *La inmortalidad humana* de William James; unos *Escritos* de Groddeck y un extenso estudio sobre éste,

Georg Groddeck, *el soñador de mundos*, de Ángel Cagigas; así como un ensayo de Charcot y Richer, *Los endemoniados del arte*. La seriedad y el rigor destacan en esta joven empresa librera giennense.

Max Nordau (1849-1923), nada conocido hoy en España, se doctoró en medicina en Budapest, su ciudad natal, para luego instalarse y ejercer su profesión en París, desde 1880. Su actividad como periodista y como político —sucedió a Herzl, en 1905, en la cabecera del movimiento sionista—, le hicieron muy célebres por entonces: *Las mentiras convencionales de nuestra sociedad*, de 1883, tuvo en ese año diez ediciones; y su eco fue inferior al de este libro rescatado, *Fin de siglo*, que es una parte fundamental de las cinco que componen la obra *Degeneración*, aparecida en Berlín en 1892 y 1893, culminando medio siglo de discusiones sobre la degenerescencia (*Entartung*). Había sido traducida por N. Salmerón en la Biblioteca Científico-filosófica a principios de nuestra centuria, y ahora disponemos en castellano de esta misma versión, con una mínima modernización ortográfica.

Max Nordau es un fustigador de la moral *fin-de-siècle*, y para ello extrae sus energías de la Hungría preindustrial, a pesar de su admiración por las Luces, y utiliza las armas de Lombroso. En sus tesis regenerativas late el anarquismo utópico, una visión apocalíptica sobre el crepúsculo europeo y toda la psiquiatrización de la cultura de entonces. El *genio* es su foco de atención, y para él, el arte europeo coetá-

neo ejemplifica una decadencia burguesa generalizada: ataca a Zola, a Ibsen, a Maeterlinck o a Wagner porque expresan la «impotente desesperación de un enfermo crónico».

Su lombrosismo declarado y su rechazo del mejor arte de la segunda mitad del siglo XIX no parecen situarle en buen lugar. Y, sin embargo, la gracia de este panfleto literario, aparte de su escritura suelta y del arte de sus adjetivos desdeñosos (que sintetizan bien un tiempo de grandes incertidumbres), estriba en dar un ejemplo vivo de alguien identificado con el mundo médico-científico, tan exento de humor, de la segunda mitad de siglo: síntomas, diagnóstico, etiología son los rótulos de los capítulos; y el *Tratado de las degeneraciones* de Morel, de 1856 (con sus estigmas, deformidades, desviaciones, vicios), *El hombre de genio* de Lombroso y una cadena de textos de Maudsley, Krafft-Ebbing, Roubinovitch, Legrain, Charcot, Colin, Falret, Lasègue («el genio es una neurosis»), Féré, Binet, etc., son sus biblias. El librito de Nordau, por un lado, curiosamente, dado su pesimismo, es buena muestra del arte *fin-de-siècle* o del aire del tiempo que pretende atacar y, por otro, «su» campo psiquiátrico lleno de matoideos, grafómanos, asimétricos y monomaniacos de toda laya ejemplifica casi al milímetro esa sintomatología del desorden que Foucault ha descrito en *Los anormales*.

Consejo de Redacción (M. J.)

LA CIENCIA Y LOS ANORMALES

I. El eje de la atención de Michel Foucault fue el estudio de las normas sociales unido indisolublemente al análisis del desarrollo de ciencias particulares. Y esta personal conjunción estuvo determinada por su fuerte anclaje en la historia. Foucault destacaba siempre —e incluso las subrayaba específicamente, para desesperación de sus detractores— los rasgos diferenciales de cada articulación histórica entre regla y ciencia; esto es, el modo distinto con que, en cada una de las etapas clave de la sociedad moderna, se establecen relaciones concretas entre las pautas de comportamiento y las teorías y prácticas científicas.

Pero esos vínculos indirectos que fue estableciendo entre *disciplina* científica y proceso de *normalización* contemporánea fueron revisados por él una y otra vez en cientos de páginas. Y tal revisión tiene aún hoy un complemento inédito: el importante seminario *Les anormaux* (París, Gallimard / Le Seuil, 1999), donde el gran intelectual —desaparecido en plena madurez hace quince años— analiza, con argumentos y datos hasta ahora sólo recordables por sus oyentes, la pugna entre una parte de la *ciencia* decimonónica y la definición coetánea de *anormalidad*.

En 1997, apareció ya en Francia una importante publicación, «*Il faut défendre la société*», que era el punto de arranque para la fijación definitiva de los cursos que, entre 1971 y 1984, el filósofo e historiador francés dio en el *Colegio de Francia*. Se iniciaba así una nueva «futura obra» de Foucault, que estará formada por trece volúmenes. Pues bien, con un ritmo adecuado al rigor del empeño, dos años después sale a la luz el segundo volumen de la serie, *Les anormaux*, que precede en un año al curso anterior, pues corresponde a los meses iniciales de 1975 y por tanto a un

momento crucial de la obra foucaultiana. El texto ha sido rigurosamente preparado por Valerio Marchetti y Antonella Salomoni, de nuevo dos italianos —profesores de historia en Bolonia y en Siena respectivamente—, mientras que se mantiene, por supuesto, la dirección global y amistosa de François Ewald y Alessandro Fontana.

Una vez más, el resultado es ejemplar: la transcripción es excelente, el epílogo sobre el estado del material foucaultiano es tan riguroso e informativo como claro y discreto. Pero, sobre todo, las casi quinientas notas que acompañan aquí a las palabras de Foucault dan una panorámica inesperada y, en verdad, esclarecedora de las fuentes empleadas por el conferenciante para la redacción de sus manuscritos, tanto de las clases públicas como de las obras más conocidas sobre la prisión, la sexualidad y la psiquiatría editadas por esos años. La mayoría de las fuentes —toda la psiquiatría decimonónica está citada en *Les anormaux*— han sido, pues, localizadas; y, gracias a las informaciones suministradas por los albaceas testamentarios, se está seguro del recorrido bibliográfico foucaultiano en la culminación de la segunda etapa de su carrera, asunto tanto más importante por cuanto, como es bien sabido, sus libros de esos años ofrecían a lo sumo una bibliografía muy escasa.

II. Esta etapa foucaultiana evidentemente estuvo centrada en el mundo de la prisión y de la psiquiatrización contemporáneas —que le ocupará plenamente entre 1971 y 1976—, justo antes de sumergirse en sus análisis del biopoder y de la mentalidad de gobierno, y antes también, sin duda, de su brusco giro hacia el estudio de la moralidad antigua que le va a ocupar desde 1980 hasta su muerte.

Por supuesto que esta indagación tiene puntos de contacto con la, ya legendaria, *Historia de la locura*, su obra inicial que había llamado la atención desde 1961. Pues esta historia «mítica» de nuestra *humanización progresiva* tras la Revolución francesa, decía allí Foucault, implicó unas operaciones que organizaron, simultáneamente, «el mundo del asilo, los métodos de curación y la experiencia concreta de la locura». En torno a 1789 –según muestran las páginas capitales de esa reconstrucción historiográfica–, los médicos y los teóricos en general se escandalizaron por el encierro indiferenciado de todo tipo de hombre marginal; y será por entonces cuando se cree, con Pinel, el internamiento específico, el asilo para el alienado, naciendo con ello la conciencia de la locura.

La alienación se *inventa* ahora como objeto singular de estudio para el dominio médico, abriéndose luego un largo proceso postpineliano, relacionado con la progresiva preocupación por el control de la población o, en general, por el poder proliferante de las ideas biológicas. La medicalización decimonónica se entrelazaría así con la aparición de una distinta normatividad social, que estaría vinculada a regulaciones morales y jurídicas nuevas en las que los médicos van a cobrar un peso fundamental.

Pues bien, el análisis de este *suceso alienista* como un agregado teórico-institucional, que define la primera etapa de su trayectoria, será decisivo para comprender los pasos sucesivos de Foucault. Desde luego que el estudio de ciertas decisiones médico-jurídicas estuvo en el núcleo de sus indagaciones, pero siempre lo hizo resaltando su complejidad y sus paradojas y dando grandes rodeos, ya que –como en las restantes incursiones por muy distintos campos disciplinares–, se fija en ciertos

problemas para iluminarlos fuertemente, ante todo, y para insertarlos, a continuación, en cuadros histórico-teóricos, ambiciosos y plurales, que desbordan los marcos habituales de estudio.

Y así ocurre en este seminario recuperado hoy sobre *Los anormales*. Por ello resulta imposible hacer una verdadera síntesis de este texto extraordinario, que fue un banco de pruebas para sus escritos. De antemano, poco tiene en común con las elaboradas estrategias expositivas de sus obras coetáneas, *Vigilar y castigar* o *La voluntad de saber* (y, en realidad, de todos sus libros). Pues, en *Los anormales*, su discurso es más libre y desbordado, las referencias más nítidas, sus excesos generalizadores, tan ilustrativos, se perciben como una construcción inestable de modelos provisionales de inteligibilidad histórica que apelan, al par, a la prudencia y a la imaginación. El curso inmediatamente anterior, cerrado en 1974, sobre *Le pouvoir psychiatrique* le sirvió sin duda de cimiento para los sinuosos desarrollos de *Les anormaux*, que se entrelazan de modo manifiesto con él cuando habla de la práctica y la teoría hospitalaria entre 1760 y 1860. Pero estas nuevas lecciones de 1975 tienen sin duda suficiente autonomía si bien enlazan asimismo con ese curso ya mencionado sobre el racismo y el nacimiento de la historia, «*Hay que defender la sociedad*», cerrado en 1976, al abordar, en los capítulos finales, la idea tan generalizada en el siglo XIX de «hombre peligroso».

III. Ante el aprieto que por esos años experimentaban determinadas «disciplinas», como la psiquiatría, la justicia penal o la criminología, Foucault se preguntaba si esa crisis no revelaría la historicidad (y, por ende, la caducidad) de un tipo de conocimiento que quería ser, desde el siglo XIX,

una especie de manifestación de la verdad y que a la vez –y sobre todo– era una *producción de verdad* en un espacio social nuevo, en ciertos edificios erigidos sobre la idea de regulación, en una política de la familia y la población en vías de expansión; en suma, en un diseño social, arquitectónico y económico que rompía decididamente con las formas de gobierno y de producción –e incluso con el tipo de legitimidad–, propias del Antiguo Régimen.

Dos grandes nombres aparecen de inmediato en la memoria, como marco teórico, a la hora de revisar este gran proyecto de análisis: el padre de las ciencias sociales, Durkheim, y el maestro de Foucault, Canguilhem, destacado historiador de las ciencias, que desapareció en septiembre de 1995 sin que, por cierto, las publicaciones españolas le dedicasen una mínima necrológica. En las *Reglas del método sociológico*, Durkheim afirmaba que, si las condiciones de la salud y la enfermedad nunca pueden definirse abstractamente, lo mismo debe aplicarse a la sociología en general, pues un hecho social no puede llamarse *normal* más que con relación a una fase de su desarrollo. Por tomar un ejemplo del siglo XIX, indicaba Durkheim cómo, para los socialistas, la organización económica de 1894 era un hecho de *teratología social*, mientras que, recíprocamente, para un economista ortodoxo esas críticas socialistas merecían el calificativo de *patológicas*.

Por su parte, en *Lo normal y lo patológico* Canguilhem –a quien Foucault cita abundante y prioritariamente en el seminario, al igual que lo hizo en todos sus libros–, recordaba que, en el terreno de la vida y de las ciencias de la vida, donde domina la contingencia y la fragilidad, todo ha de analizarse como un «bloque inseparable» en el que lo biológico, lo cultural y

lo social se funden. Canguilhem resaltaba, por añadidura, que lo patológico sólo es, en realidad, «una especie de lo normal», de modo que lo *anormal* sería «otra normalidad», y que, por consiguiente, una *anormalidad* sólo es tal dentro de una situación determinada y sólo en relación con dicho contexto indisociable del fenómeno.

IV. Pues bien, los temas que aborda en *Les anormaux*, pese a su título particular, son muy diversos, aunque, en principio, el monstruo, el indisciplinado y el onanista serían esos *anormales* recodificados en el siglo XIX por el mundo médico y judicial a los que hace referencia Foucault, pensando como siempre en el presente. De hecho el libro se abre con una sarcástica lectura de peritajes psiquiátricos realizados hacía poco tiempo, en 1955 y alguno en 1973, y que por su esquematismo remitían a la definición sumaria de «individuo peligroso» por parte del mundo penal decimonónico. Pero de inmediato Foucault se sumerge en el mundo «anormal» (aunque concretamente el segundo motivo, el del indisciplinado, sólo será rozado en estas lecciones), a partir de la idea de monstruo que tanto preocupó a los ilustrados y cuyo estatuto epistemológico había definido en el centro de *Las palabras y las cosas*.

El *monstruo* fue una pieza relevante especialmente desde el segundo tercio del siglo XVIII, y la monstruosidad había sido convertida en instrumento de la ciencia de las Luces. La «rareza» era la llave para comprender la disposición del mundo natural, pues cabría situarla, incluso, en la génesis misma de las ideas racional-empiristas y de los ideales ordenadores del momento. Y es que muchas figuras del pensamiento ilustrado abordaron este *quiebro natural* como contraste con la regularidad de la

naturaleza, como el envés del orden más probable o, mejor, como el rumor de fondo de una naturaleza que debería repetir sin fallas sus formas, constantemente, dado que el tiempo no tenía cabida en ella.

En suma, el monstruo, desde la Edad Media hasta el siglo XVIII era esencialmente lo *mixto*, la mezcla de formas, lo defectuoso, lo que está en el límite de lo natural. Pero el *desorden* de la naturaleza –y de la sociedad fundida con la naturaleza–, así perfilado por Foucault, pierde su interés como enigma caótico, y se produce a finales de la Ilustración el paso del «monstruo» a la figura del «anormal»: ya no se resaltarán la idea de hibridez, de *mezcla* de lo que debería estar separado por naturaleza, sino que la monstruosidad, en vías de domesticación, será simplemente una *irregularidad*, y sobre todo una *desviación*. Desde 1825, en esa línea, va a brotar el problema de la conducta irregular, de la criminalidad monstruosa.

Sólo unos años antes, el *monstruo moral* había saltado a la luz con Sade y otros escritores, y paralelamente el *monstruo jurídico* –ejemplificado en Luis XVI– había sido codificado desde 1789 con la denuncia revolucionaria del despotismo y con la problematización de la figura del rey, pues se consideraba incluso que «todos los monstruos humanos eran descendientes de Luis XVI». Pero luego, en la época de la reacción antijacobina, el monstruo se convertirá en su opuesto, corresponderá a quien rompe el pacto social «eterno»: la masa, la *peligrosa multitud*. Y ese pueblo, esa gente *incorrecta*, ahora «va a ser precisamente la imagen invertida del monarca sanguinario». La monstruosidad se banaliza, se amplía y se hace cotidiana. El cuerpo social que resulta del nuevo orden burgués será sometido a examen, a lo largo del siglo

XIX, y se hace una constante criba, tanto por arriba, en la familia dirigente y triunfadora, como por abajo, en el proletariado más o menos en ciernes. Y dentro de esa criba propia de un nuevo arte de gobernar –que tratará de higienizar y de ahormar la «nación»–, va a cobrar peso la nueva medicalización, por ejemplo, la psiquiátrica.

De momento, dice Foucault, la psiquiatría interviene desde una especie de posición subordinada con relación a las otras instancias de control: con respecto a la familia y con respecto al encierro en los correccionales. En el siglo XIX, según se ha estudiado desde hace años, el terreno *privado*, la familia, se convierte en un *modo de gobernar* en Europa; la familia se encarga de poner en marcha las misiones del Estado, haciendo de mediadora entre éste (débil aún por entonces) y los individuos, y adquiriendo así una categoría política nueva y poderosa, en la que el padre, el *caput familiae*, tiene una posición decisiva: ahí enlazaría Foucault la nueva relevancia del incesto y de la insólita preocupación por el onanismo que produce una vociferante bibliografía y un tipo de discurso monótono durante décadas, como resalta este arqueólogo en unas páginas memorables por su ironía y por la evidencia de sus datos.

V. Ahora bien, sólo hacia 1845 los psiquiatras tomarán el relevo de los alienistas. Si Esquirol ha sido el último de tales alienistas –al plantear de nuevo el problema de la locura con relación a la *verdad*, la verdad de la razón–, Baillarger en Francia y Griesinger en Alemania serían los primeros psiquiatras: de antemano, por ser «desalienistas»; y, además, porque ponen en el primer plano los problemas de lo *voluntario* o lo involuntario, de lo *instintivo* y lo auto-

mático: estos son sus indicadores privilegiados de la enfermedad mental. Son los grandes médicos del asilo, así Leuret, Charcot o Kraepelin, los que pueden *decir la verdad* del enfermo (cuya anormalidad, antes una ignota alienación, se diluiría específicamente ante la norma), dado el conocimiento que *poseen* de la enfermedad, pero también pueden manifestarla como tal verdad definida socialmente y someterla a su criterio, dado el poder que se arrojan ante el paciente.

Hay ahora, sugiere Foucault, una nueva organización nuclear de la psiquiatría, una estructuración epistemológica que cobra fuerza en dos direcciones. Se abre un campo de sintomatologías mil, acogiendo una gama de fenómenos patológicos que no tenían existencia antes, y que aparecen por contraste con una norma definida, con una regularidad administrativa que se define conforme a las obligaciones familiares y a el nuevo orden político y social. Por otro lado, se define un nuevo eje, dominado por la voluntad y la conciencia de lo automático, esto es por la asunción de la norma y el control de lo instintivo. En definitiva, sólo cuando la separación con respecto a la regla de conducta y el automatismo son mínimos, esto es cuando se desarrolla una *conducta conforme y voluntaria*, se está ante un comportamiento sano.

De la referencia a un núcleo delirante –del *punctum* de locura definido a partir de la verdad natural–, se pasa a una valoración social de la conducta, con toda su plural fenomenología. Tras Baillarger y Griesinger, especialmente entre 1850 y 1870, surge una fenomenología efervescente donde estarían desde la agorafobia (Westphal, Krafft-Ebbing, Legrand du Saulle), las piromanías (Zabé, Marc, Legrand), la cleptomanía (Gorry, Marc), o la manía de

comprar (Magnan), hasta el exhibicionismo (Lasègue) o la misma homosexualidad, que aparece por vez primera en el campo psiquiátrico (Westphal).

Se organiza, pues, una psiquiatría que resulta ser, ante todo, una *tecnología de la anormalidad*, que se aleja de la intervención tradicional de lo que se llamó alienación mental, demencia o delirio, y que se centra en el comportamiento, las desviaciones, las infracciones, las anomalías, constituyendo un *corpus normativo*, una ciencia especial al lado y en el interior de la medicina. Es un edificio teórico regido por exigencias funcionales, propias ya de una sociedad calculadora, organizadora de la población, expansiva a lo ancho del espacio tanto europeo como colonial. Pues la colonización fue un proceso maduro y bien meditado, una operación consciente de esa amalgama técnico-racional que definía ya a la población europea y que intentó proyectarse sin rodeos hacia el exterior.

VI. Todo habría de desembocar en la idea proliferante de *degeneración*, con la que se cierra el libro, y en el desarrollo de un *racismo interior*. Es un racismo contra lo anormal, un *filtro racista* que se distingue del racismo étnico, «externo», aunque llegará a colaborar fácilmente con éste en el siglo XIX –donde era ya un mal endémico–, y, desde luego, en la Alemania del siglo XX, donde adquiere una bicefalia letal, dotada en verdad de una simetría paramilitar.

La organización decimonónica de un campo unitario del instinto y de la sexualidad –que será sometido tanto al engranaje psíquico-familiar como al gran aparato psíquico-judicial–, aparece en este curso de un modo a la vez convincente y brutal. Hemos destacado, simplificadoramente y con mí-

nimos añadidos, una serie de argumentos de Foucault. Pero, al igual que sucede en sus libros sobre la prisión y la sexualidad, aparecen muchos otros análisis complementarios, extensos a veces y con grandes saltos hacia atrás en el tiempo, especialmente hasta los siglos XVI y XVII.

Pues Foucault se remite al problema de la confesión y al uso mismo del confesonario, al desarrollo de la pastoral como forma de unificación de ideas, al examen interior (y al refugio interno en un mundo de conflictos religiosos), al misticismo postridentino, a la distinción entre brujería y posesión –la primera es un fenómeno *exterior*, como producto de la recristianización; la segunda, un mecanismo desdoblado e *interior* de la conciencia cristiana–. Cabría añadir cómo subraya el valor ejemplar de los «demonios de Loudun» y su valor como indagación moderna acerca del cuerpo. Pues este lado «religioso» de su análisis es premonitorio de su *Historia de la sexualidad*. No hay que olvidar que su recurrente reflexión sobre la institución del sacramento de la penitencia, como modelo de análisis, de estilización individual –ya esbozado en *La verdad y las formas jurídicas*– aparece eslabonada por él con la preocupación más general por la producción de *verdad*, que desde sus inicios tiene rasgos jurídicos. Para Foucault es ésta una característica esencial de las sociedades occidentales, donde se desarrollarán por doquier los métodos de interrogación y encuesta, de *inquisición* en su sentido más amplio, culminando con la ciencia decimonónica. Y ahora, en torno a 1879, es cuando se despliegan los tiempos turbulentos del ambiguo Gran inquisidor de Dostoyevski.

VII. En toda esta discusión, vemos, una vez más, que la mirada foucaultiana es

doble y compacta, casi simbiótica. Sus perspectivas diacrónica y sincrónica se encabalgan entre sí, inextricablemente. En su obra, Foucault se propuso hacer la historia de determinado problema tanto conceptual como social –por ejemplo el de la aparición de la figura del *anormal*– y, simultáneamente, dar cuenta de la estructura de dicho problema, en este caso describir qué peso social tenía la norma. Así pues, por un lado, intentaba dar mayor cuerpo, trama y vigor a la historia, de rejuvenecerla afirmando la *temporalidad* de todo tipo de comportamiento, individual o institucional, teórico o no; por otro, quería *inquirir* sobre la aparición de cada certidumbre y percibir el reverso de la verdad, es decir su infirmez y su posible caducidad.

El problema general de nuestro *sistema inquisitivo* fue formulado por él desde muy distintos puntos de vista: desde la evolución de disciplinas muy dispares (lingüística, ciencias naturales y biología, ciencias formales o economía), al estudio de decisiones institucionales (creación del asilo, remodelación de las prisiones) o el análisis del ordenamiento espacial (en ciertos lugares de condensación de «culpabilidad», como son el manicomio, la prisión o el cuartel). Pero asimismo, la idea de autoridad aparece en su reflexión sobre la forma de las técnicas de escritura y de representación en general (estatuto de la literatura, cambios en las artes plásticas) o en el papel del autor y su privilegio en la formación, difusión y sacralización de una cultura. La *historia* y la *verdad* se entrecruzan en todos los casos, pues su obra se caracteriza por su densidad y coherencia global.

Foucault, en el plano teórico, se interesó por la formación de las ideologías y por la construcción de ciertos modos de racionalidad, así como por el papel del error en el

descubrimiento de la *verdad*, y en consecuencia por la historicidad de cada verdad: «¿por qué la verdad es tan poco verdadera?», preguntó en cierta ocasión al historiador Paul Veyne. Y precisamente esta verdad occidental pasa por las ciencias y las instituciones antes recordadas, por las luces y sombras del progreso, por toda esa gama de actividades que llamamos unas veces cultura y otras civilización, y que se hace presente en su conjunto cuando deseamos valorar un texto foucaultiano.

VIII. En fin, como en otras ocasiones, *Les anormaux* no ofrece un esquema unívoco, sino una compleja amalgama de investigaciones de Foucault sobre esta «verdad sobre los anormales» propia del siglo XIX. La recuperación de estas grabaciones de sus clases vuelve a incitar, pues, la relectura de sus textos centrales, y a seguir cotejándolos con el tomo segundo de la enorme edición de sus artículos *Dits et écrits* (París, Gallimard, 1994, I-IV), que por cierto están siendo seleccionados en las *Obras esenciales*, traducidas recientemente en la editorial Paidós, ocupando de momento tres volúmenes.

Así comprobamos mejor cómo su excavación «arqueológica», redoblada por una genealogía de las palabras y de los valores, es ante todo un método de aproximación, un nuevo instrumento indagador. Pues no sucede como en Weber, quien empleaba categorías interpretativas muy realistas, a fin de relacionar un cierto número de datos

históricos y reconstruir hechos manifiestos (como la inicial empresa capitalista o el estado burocrático), sino que Foucault adivina tramas de racionalización espacial, tipos de amaestramiento corporal, tecnologías del «sujeto» o artefactos de poder que no existen en la realidad sino muy simplificados. Si sus análisis son una especie de gran metonimia sociológica, sus novedosas «ideas-tipo» son enormes maquinarias surrealizantes que –como todo método paranoico-crítico propio de ese movimiento cultural del que también se nutrió, el surrealismo francés– tienen cierta función entre cómica y trágica.

Un Foucault mordaz y demoledor –en la mejor tradición swiftiana– aparece ante todo en las más de 350 páginas de *Los anormales*. Y resuena todavía el timbre de sus palabras de 1975, unas palabras sabias pero jugosas, atravesadas por ideas variadísimas y llenas de matices empíricos demoledores. Resulta evidente, por contraste, que muchas discusiones académicas sobre el *saber*, los *dispositivos de poder* o la *gubernamentalidad* en su obra han sido a menudo otros tantos rodeos estériles sobre Foucault. Pues ninguna jerga desecadora aparece en estas lecciones sobre *Los anormales*, mientras que su interpretación de la familia, la vida y la ciencia decimonónicas mantiene su vigor y su provocación para el pensamiento veinticinco años después de su elaboración.

Mauricio Jalón

INFORMACIÓN BIBLIOGRÁFICA

(Novedades diciembre 98/mayo 99)

Agradecemos la colaboración de *XOROI LIBRERÍA. C/ Berlinés, n.º 20. 08022 Barcelona.*

PSIQUIATRÍA

- ÁLVAREZ, J. M.^a, *La invención de las enfermedades mentales*, Madrid, Dorsa, 1999.
- COLODRON, A., *Cinco conferencias sobre la esquizofrenia*, Madrid, Triacastela, 1999.
- FUENTE, R. de la, *La patología mental y su terapéutica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1997.
- LEDoux, J., *El cerebro emocional*, Barcelona, Ariel, 1999.
- SÁIZ, J., *Esquizofrenia. Enfermedad del cerebro y reto social*, Barcelona, Masson, 1999.
- VIETA, E., *Abordaje actual de los trastornos bipolares*, Barcelona, Masson, 1999.

PSICOANÁLISIS

- AGUIJAR, J.; OLIVA, M.^a V.; MARZANI, C. (eds.), *L'entrevista psicoanalítica*, Barcelona, Columna, 1999.
- ANUARIO IBÉRICO DE PSICOANÁLISIS, V., *Interpretación de la violencia, violencia de la interpretación en la sesión psicoanalítica*, Barcelona, SPP-SEP-APM, 1998.
- ARENAS, G. E., *Estructura lógica de la interpretación*, Buenos Aires, Atuel-Anáfora, 1998.
- ATHANASSIOU-POPESCO, C., *La defensa maniaca*, Madrid, Biblioteca Nueva-APM, 1999.
- AUTORES VARIOS, *Mujer y salud mental. Reflexiones y experiencias*, Barcelona, C.O.P./C.H.MC., 1999.
- AUTORES VARIOS, *La angustia y la cura psicoanalítica*, Valencia, Jornadas de Clínica Psicoanalítica, 1999.
- BARREDO, C.; DUJOVNE, J.; PUALICCI, O.; RODRÍGUEZ, D., *La misteriosa desaparición de la neurosis*, Buenos Aires, Letra Viva, 1998.
- BRUN, D., *La novela familiar del neurótico*, Barcelona, P.A.U., 1999.
- CAPARRÓS, N., *Del narcisismo a la subjetividad: el vínculo*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1999.
- CAZENAVE, L., y otros, *Infancia-Pubertad. Una práctica psicoanalítica con el obstáculo*, Buenos Aires, Labrado, 1998.
- CHABERT, C., *Didier Anzieu. Vida y pensamiento psicoanalítico*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1999.
- CHILAND, C., *Cambiar de sexo*, Madrid, Biblioteca Nueva-APM, 1999.
- CORDIÉ, A., *Malestar en el docente. La educación confrontada con el psicoanálisis*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1998.
- COSTACALDE, A., y otros, *Hacerse psicoanálisis. Las formaciones de lo inconsciente*, Madrid, Alianza, 1999.
- DAVID-MENARD, M., *Las construcciones de lo universal. Psicoanálisis y filosofía*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1999.

- DECKER, H. S., *Freud, Dora y la Viena de 1900*, Madrid, APM-Biblioteca Nueva, 1999.
- DIDIER-WEILL, A., *Invocaciones, Dionisos, Moisés, San Pablo y Freud*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1999.
- DIDIER-WEILL, A., *Freud: relación con el judaísmo, el cristianismo y el helenismo*, Buenos Aires, Homo Sapiens, 1998.
- DORA MEDINA, R. (comp.), *Divergencias en la Unidad*, Buenos Aires, Lumen, 1997.
- DUPARC, F., *Andrée Green. Vida y pensamiento psicoanalítico*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1999.
- EVANS, D., *Diccionario introductorio de psicoanálisis lacaniano*, Buenos Aires, Paidós, 1998.
- GREEN, A., *La metapsicología revisitada*, Buenos Aires, Eudeba, 1996.
- GREEN, A., *El discurso vivo*, Valencia, Promolibro, 1998.
- GUIMÓN, J., *Los lugares del cuerpo*, Barcelona, Paidós-Fundació Vida i Barraquer, 1999.
- HUBERMAN, C.; RODRÍGUEZ, A., *Observación de Lactantes*, Buenos Aires, Kargieman, 1997.
- IRIGAY, L., *Ser dos*, Buenos Aires, Paidós, 1998.
- KAHR, B., *Donald Woods Winnicott. Retrato y biografía*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1999.
- KRISTEVA, J., *Sol negro*, Caracas, Monte Ávila, 1997.
- LACHAUD, D., *El infierno del deber*, Barcelona, Serbal, 1999.
- LAUFER, M., *El adolescente suicida*, Madrid, Biblioteca Nueva-APM, 1999.
- MARTÍNEZ LAPUENTE, J. E., *Deseo y palabra poética*, Barcelona, Seuba, 1999.
- MELTZER, D.; HARRIS, M., *Adolescencias*, Buenos Aires, Spatia, 1999.
- MILLER, J. A., *La transferencia negativa. Seminario sobre Política de la transferencia*, Barcelona, ECFB, 1999.
- MONTEVERDE, H., *Retazos de un psicoanálisis*, Málaga, 1998.
- PÉREZ SÁNCHEZ, M., *Método de observación Bick*, Valencia, Promolibro, 1998.
- POISSONNIER, D., *La pulsión de muerte. De Freud a Lacan*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1999.
- PUEYO, J. M., *La histeria. Del discurso del amo al discurso del psicoanalista*, Girona, Novamar, 1999.
- QUARTIER-FRINGS, F., *René Diattkine. Vida y pensamiento psicoanalítico*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1999.
- RANK, O., *Hamlet, Don Juan y el Psicoanálisis*, Buenos Aires, Letra Viva, 1997.
- RASSIAL, J. J., *El pasaje adolescente*, Barcelona, Serbal, 1999.
- ROUDINESCO, E.; PLON, M., *Diccionario del psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós, 1998.
- RUBÍ, M.^a L., *Psicoanálisis e identidad de género*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1999.
- SPECTOR, E.; HAGELIN, A.; FONAGY, P. (eds.), *En torno a Freud. «Observaciones sobre el amor de transferencia»*, Madrid, Biblioteca Nueva-APM, 1999.
- VEGH, I., *Hacia una clínica de lo real*, Buenos Aires, Paidós, 1998.
- WINNICOTT, D. W., *Escritos de pediatría y psicoanálisis*, Buenos Aires, Homo Sapiens, 1998.
- ZIZEK, S., *Porque no saben lo que hacen. El goce como un factor político*, Buenos Aires, Paidós, 1998.

PSICOLOGÍA

- BELITZ, CH.; LUNDSTROM, M., *Conectar con el fluir de la vida*, Madrid, Edaf, 1999.
- BRADDOCK, C. J., *Las voces del cuerpo*, Bilbao, Desclée de Brouwers, 1999.
- BROWN, R., *Prejuicio. Su psicología social*, Madrid, Alianza, 1999.
- BROWNE, J., *Las nueve fantasías que pueden arruinar su vida*, Madrid, Edaf, 1999.
- CASULLO, M. M., *Adolescentes en riesgo*, Buenos Aires, Paidós, 1998.
- DRAAISMA, D., *Las metáforas de la memoria. Una historia de la mente*, Madrid, Alianza, 1999.

LIBROS

- FRANKL, V. E., *El hombre en busca del sentido último*, Barcelona, Paidós, 1999.
- GAVILÁN, F., *Yo no he sido*, Madrid, Edaf, 1999.
- GENDLIN, E. T., *El Focusing en psicoterapia*, Barcelona, Paidós, 1999.
- HERRANZ, T., *Psicoterapia psicodramática individual*, Bilbao, DDB, 1999.
- HILLMAN, J., *Re-imaginar la psicología*, Madrid, Siruela, 1999.
- LINDEN, A.; PERUTZ, K., *Ejercitar la mente. PNL para una vida mejor*, Barcelona, Paidós, 1999.
- MELENDO, M., *Vivencias desde Enneagrama*, Bilbao, DDB, 1999.
- MIGUEZ, A., *Uso de sustancias psicoactivas*, Buenos Aires, Paidós, 1998.
- NAOUIR, A., *Hijas y madres*, Barcelona, Tusquets.
- NATIONAL CENTER FOR CLINICAL INFANT PROGRAMS, *Clasificación diagnóstica: 0-3*, Buenos Aires, Paidós, 1998.
- POCH, S., *Compendio de musicoterapia*, Vol. I. Barcelona, Herder, 1999.
- POCH, S., *Compendio de musicoterapia*, Vol. II. Barcelona, Herder, 1999.
- RUDGLEY, R., *Enciclopedia de sustancias psicoactivas*, Barcelona, Paidós, 1999.
- SANMARTÍN, J. (ed.), *Violencia contra niños*, Barcelona, Ariel, 1999.
- SERRANO, A.; PÉREZ, I.; MORELL, M., *Drogodependencias y Sida*, Málaga, Universidad de Málaga, 1999.
- SENELNIKOFF, N., *Las psicoterapias. Inventario Crítico*, Barcelona, Herder, 1999.
- TOMÁS, J. (ed.), *Anorexia y otras alteraciones de la conducta en la infancia y adolescencia*, Barcelona, Laertes, 1999.

PSICOTERAPIA DE GRUPO Y DE FAMILIA

- KAÉS, R., *Sufrimiento y psicopatología de los vínculos institucionales*, Buenos Aires, Paidós, 1999.
- KERNBERG, O. F., *Ideología, conflicto y liderazgo en grupos y organizaciones*, Barcelona, Paidós, 1999.
- SCHVARSTEIN, L., *Diseño de organizaciones*, Buenos Aires, Paidós, 1998.
- SELVINI, M.; CIRILLO, S.; SORRENTINO, A. M., *Muchachas anoréxicas y bulímicas*, Barcelona, Paidós, 1999.

LIBROS RECIBIDOS

- ALBERCA, R.; LÓPEZ-POUSA, S., *Enfermedad de Alzheimer y otras demencias*, Madrid, Médica Panamericana, 1998.
- BADILLO LEÓN, I.; AGUIRRE BAZTÁN, A.; RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ, M.; FERICGLA GONZÁLEZ, J. (ed.); *Las culturas del ciclo vital*, Barcelona, Bardenas, 1998.
- COSTECALDE, A.; GÁRATE MARTÍNEZ, I.; LACHAUD, D.; TRONO, C., *Hacerse psicoanalista. Las formaciones de lo inconsciente*, Madrid, Alianza, 1999.
- COLODRON, A., *Cinco conferencias sobre la esquizofrenia*, Madrid, Triacastela, 1999.
- PARKIN, A. J., *Exploraciones en Neuropsicología Cognitiva*, Madrid, Médica Panamericana, 1999.
- ÜSTÜN, T. B., y otros, *Libro de casos de la CIE-10. Las diversas curas de los trastornos mentales*, Madrid, Médica Panamericana, 1998.